

BOLETÍN

DE LA

Sociedad Castellonense de Cultura

▼ ▼ ▼

TOMO DUODÉCIMO

— 1931 —



CASTELLÓN


EST. TIP. DE HIJO DE J. ADRONGOS



BOLETIN

DE LA
SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

Tomo XII * Enero-Febrero 1931 * Cuaderno 1



La llegenda de la Verge

A la bona memòria de Mr. Manuel Bofi

Si, sí. A mi m'han dit és una escultura molt enigmàtica.
—¿De fusta?

—Sí, diuen sí és una imatge venerada pels cristians en els temps de la dominació sarraïna.

—¿Els mossàrabs?

—Sí.

—I és molt estrany que d'una matèria com la fusta haja aplegat als nostres dies, una imatge sense desperfecte.

—Jo no ho sé, perquè la imatge va vestida. Porta moltes sinagües i capes brodades damunt d'ella.

—¿De manera que va vestida?

—Sí, al segle XIV^o ja hi portava mantells. Així ens ho ha revelat un inventari de l'ermita de la Balma que es conserva a l'arxiu de l'Arxiprestal de Morella.

—¿De manera que eixa moda de vestir les venerades imatges que jo creia una cosa dita pel barroquisme, era ja usada a les darreries del segle XIV^o?

—Documents contemporanis així ho proven. L'inventari de la Mare de Déu de la Balma i altres que es podrien adduir ho demostren plenament. Eixos inventaris minuciosos, detallats, tan rublits de suggestions, ens donen a conèixer els atuells de les ermites i les joies i robes de les venerades Madones de pedra, de marbre, de fusta i de fang cuit, que de tot n'hi ha per les comarques castellonques i als seus voltants.

Una excursión a La Balma

Uno de los fines estatutarios de la «Sociedad Castellonense de Cultura», es la realización de excursiones de carácter instructivo. Tema interesante para una de ellas nos ofreció la típica y famosa romería al Santuario de la Virgen de La Balma en término de Zorita, que se celebra los días 7 y 8 de septiembre.

El pintor Juan Bautista Parcer, el Doctor Sánchez Gozalbo y yo, como cronista de la expedición, visitamos el célebre Santuario en su fiesta solemne del año 1939, atraídos por el aura legendaria de sus pintorescas ceremonias. Y con la esperanza, si no de contemplar el prodigio de la expulsión de espíritus infernales del cuerpo de los endemoniados, como es fama que ocurre en presencia de aquella milagrosa imagen de la Santísima Virgen, al menos de admirar los castizos cuadros de costumbres y los tradicionales actos de fervor que se desarrollan en la muchedumbre devota—procedente de los más apartados lugares de la comarca y aún de lejanas provincias—, congregada para rendir culto y reverencia a Nuestra Señora de La Balma en su ermitorio, el día de su fiesta anual.

El camino.

Corre el coche por la cornisa de la carretera, asomada al mar. Dejamos las playas de Benicasim y las playetas, la punta de la Colomera; atalaya solitaria erguida en lo alto de rocas y copumas. Son las ocho de la mañana, y el sol se quebra en deslumbrantes ascuas sobre el temblor de la llanura azul... La ensenada de Oropesa, la torre del Rey Don Jaime en el oro matinal y, poco más allá, pasado el pueblo, tomamos la carretera de Cabanes.

Cuestas arriba el aire se adelgaza: es fino, claro y oloroso a monte. Vemos—un momento aún, desde el collado de la divisoria—refulgir del áureo chisporroteo del mar lejano, en un destello glorioso, y nos despedimos de los horizontes marinos. Tierra adentro, sin parar en estos pueblecitos apergaminados, vamos devorando con ojos ilusos kilómetros de paisaje en evolución. Hemos perdido ya los algarrobos costeros: aparecen carrascas, higueras, masías dispersas. Y olivos; cada vez más denso el gris plateado de los olivares. De cuando en cuando, un abrigo de barranco, cañaverales junto a un molino, unas huertecitas jugosas... y de pronto surge la sorpresa de San Mateo, con sus palmeras ante el cobrizo prisma de la torre, señoreando el caserío, y el verde de unos huertos que desbordan sus frondas sobre unas tapias blancas brandidas de sol: Impresión moruna.

Pié a tierra. Una ojeada al señorial gótico francés de la arquitectura del Palacio de Villares, con huellas floridas del renacimiento italiano; un vistazo a las olivas airadas y al majestuoso recinto de la iglesia, un momento de recreo ante las portadas parroquiales sobre cuyas arquivoltas orlañas de aligronado festón derramó el tiempo los nobles dorados de la vejez; un saludo, al paso, ante los ajimeces elegantes en su gótica esbeltez, de la casa del Concejo... y otra vez en marcha, carretera adelante.

El paisaje se exprime, se retrae y torna más seco. Ahora es adusto en las cumbres de roca gris con pecas oscuras de materral, sobrio en las laderas amarillas de rastrosos y moteadas de pedras carrascas, áspero y rencoroso de sequedad en los barranquicos de peñascal calcinado. Alguna vez se abre al sol el valle con masías dispersas—cuadritos blancos con el tinte oscuro del tejado—y pretende solemnizar una visión de amplitud que pronto se agazapa asfixiada en un recodo de la carretera ensombrecida entre montañas recias.

He aquí, también, con súbita aparición, el venerado santuario de La Vallivana. Nos reciben con sus jaspes y pórfidos de boato funerario los dos arcos barrocos tendidos como puentes sobre el río polvoriento de la carretera, que apenas salida del paso de la ermita empieza a culebrar enroscándose a las montañas, ahora más austeras y más desamparadas que nunca, menos del cielo que las colma de azul con nubes.

Salvamos un colgado... y, remota aún, muéstrase Morella como un pueblecito de Nacimiento, con su castillo por birrete, allá arriba, arribita... Vamos a buena velocidad cogiendo la delantera uno detrás de otro, a varios autobuses repletos de aborrotados romeros de La Balma. Cuando les pasamos, en el momento del cruce crispado de bocinazos y estampidos del escape de los motores, oímos los vítores y aplausos del pasaje que rebosa de los asientos hasta los estribos y aun se amontona sobre los techos bamboleantes... Es inútil nuestro afán de adelantar a todos. Allá a lo lejos aún se ven trepar cuesta arriba, diminutos por la distancia, más y más coches y autobuses enracimados de gente, nimbados de tolveneras de polvo: Una ascensión entre nubes, visión barroca del camino envuelto en ropajes flotantes, y fulminando el rayo de sus blancos zig-zags en la quebrada ruta que reptaba hacia el peñón morellano... Ya estamos en la puerta de las murallas... Más arriba aún, el repecho de la ronda; y más aún las empinadas calles... ¿cómo hemos podido subir hasta aquí?

Breve descanso. Comemos y salimos de Morella por el camino ribereño de Zorita, a media ladera sobre el hoado río que se esconde bajo la gravera del álveo, entre grupos de olmos y huertecitos humildes... En un recodo un molino, con su emparrado y sus gallinas; entre las rocas y metajos de la vertiente fronteriza un rebaño disperso, de borregos blancos... ¡Y un silencio y una paz de égloga!

Por contraste con esta impresión idílica miramos hacia lo alto y al ritmo vertiginoso de nuestra rápida marcha se desarrolla la visión cinematográfica de las cumbres que escoltan la carretera: a la derecha, erguida y amenazante sobre nuestras cabezas la *mota* de «Morella la vella» cuyos mocizos de roca forman torreones gigantescos, huesudas murallas con grietas negras, cubos derruidos, almenas melladas, matacares y rebellines temerarios, brechas ciclópeas vomitando derrumbes de peñascos rojizos y dorados y grises y ocres en amontonamiento de cataclismo. Sobre esta desolación grandiosa vuelan unos pajarracos rapaces de largas alas puntigudas... Y, a la izquierda, en la otra parte de la cañada, coronan la montaña los hirsutos acantilados de la *mota* «Garumba» empenachada de bravíos pinos solitarios, rotundamente recortados sobre el cielo como áirones de un casco salvaje.

Es inevitable el comentario entusiasta ante aquel aguafuerte de fragosa majestad, frente a este paisaje robusto y anodante, hermano de aquellos que placían a los pintores románticos, como vemos en los dibujos de Roberts y en los grabados de Gustavo Doré. En aquellas enriscadas «muelas» es forzoso hallar el yacimiento prehistórico, los rastros de los pueblos iberos que las ocuparon, acogidos a su estratégico amparo: la fortaleza natural ofrecía una defensa ventajosa contra los feroces ataques de fieras y hombres enemigos... y además les brindaba con generosidad una amplia meseta donde labrar sus «citanias» y sus castros.

Mutación. A una revuelta del camino este paisaje serio, inicia una casi imperceptible sonrisa: asoma Forcall, rubio al sol, amarrado a su puente, entre la horca de sus dos ríos que fluyen una corriente mísera, de estiaje. Otra gulfada y lo dejamos atrás, a nuestra espalda, mientras la carretera sigue por la margen derecha del Bergánico. La ribera se ensancha, henchida de grava, monda y dura y blanquecina. De trecho en trecho un gran pedrusco, un charco y un chorrillo de agua que el sol descubre arrancándole un reflejo de cristal. Aquí y más allá, como islas verdes entre la cenicienta desnudez del cauce, una huertecita en los convexos de todos los meandros... En las cañadas, malzates y verdura jugosa... Justo al terraplén del camino y al borde del río viese ahora un faja de lozania. Frutales en las viñas... acerolos, nogales, higueras: en la margen, chopos. Vertientes arriba, encinar y pinadas de un azuloso verde-oscuro. Y sobre la carretera, para que pasemos ahora nosotros bajo su arco desmayado, la bóveda de unos sauces con sus colgantes estalactitas de esmeralda.

Casi al vuelo—a ojo de pájaro, o a mirada de soslayo de pájaro en fuga—el escueto caserío de Vilores con la torre aguda, se descubre tras su recato escarpado, en la opuesta ribera... Abajo, en un remanso del río unas lavanderas yerguen el busto para curiosar mirándonos con la mano en visera sobre los ojos: una saluda a nuestro coche agitando un trapo azul...

Es curioso observar que la estratificación horizontal de los bancos de roca superpuestos para formar las muelas de estas montañas marcando las juntas de cada hilada con rayas roji-negras y monte bajo, sufre distorsiones violentas en lugares

como aquí, por donde ahora pasamos: los estratos se inclinan con buzamiento más fuerte cada vez hasta quedar con un crestón vertical, pétreo muralla que corta y cierra toda la abertura del valle, como una presa, donde el cauce del río tuvo que abrir una brecha para seguir su curso, y la carretera necesitó también romper un portillo a su paso.

Siguen entre viñedos y maizales las huertas algo más frondosas de cerezos, azofallos, melocotoneros y manzanos, las llustres manzanas de Ortells, en las cercanías de este pueblo que dejamos a la derecha, elevado sobre la carretera y asomado a ella como desde una azotea adornada de alegres macetas y enredaderas de parra; pero otra vez el paisaje se mortifica despojado de galas efímeras, hasta llegar a Zorita, encumbreada en su otero, parda, zahareña, fina, con finura sagaz de raposa o milano en su erial pedregoso. La carretera tuerce a la izquierda sin subir al pueblo; cruza el puente sobre el río y ya en la otra margen ondula plegándose a las gibas del terreno, siempre bordeando el Bergantes. Dos acelerones de motor para aventajar a los numerosos coches que alcanzamos en este tramo de la carretera, animada también de carros y tartanas, horriquillos enjazzados, grupos de gente a pié, gritos y gestos, polvo... y ya vemos, allá al frente, entre un homigüeo de muchedumbre, el santuario de La Balma colgado de las altas peñas como un nidal de alcotanes.

Alrededor del Santuario

En medio de este trajín del último repecho, la marcha es forzosamente lenta. Dejamos el coche en una explanada que invaden, inmovilizados y prietos, innumerables autos y camiones. Bocinazos apremiantes, zumbidos de motor... La guardia civil intenta ordenar aquel caos.

Al pisar tierra, un estupor de despertar... Se oye el tañido festinero de una campana que refleja sus débiles ecos en el valle... ¡tan-tán! Y la multitud hierve al sol vespertino en polícromas pinceladas. Pasamos a una plazoleta en cuyo centro se yergue una cruz labrada en piedra so la bóveda de un templete barroco; tejado azul en la cubierta puntlaguda sobre chatos arcos carpaneles sostenidos por cuatro robustas columnas. La

SANTIARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA BALMA



Apunte panorámico de Juan B. Porcar

bóveda está decorada al fresco de vivos colores—azul, carmín, amarillo—con alegorías teológicas de Cruella, pintor morellano del XVIII. De esta plazoleta arranca el paseo en rampa que sube hacia unos casalicos y pórticos donde quiebra a la izquierda en ángulo agudo, de zig-zag, para seguir subiendo hasta la ermita por una galería abierta en la roca y acusada al exterior primero con arcadas blancas de cal, luego simplemente con un pretil que subraya en claro la oscuridad del hueco.

Desde abajo contemplamos un momento la indómita aspereza de aquella altura: allí aliagas y espliego entre peñascos amarillentos—puas y aroma de yerno santo—, en torno al paredón del ermitorio que se aplasta contra la roca pajiza. Adherida a la frontera está la torre cuyo afilado chapitel intenta trepar, pegadito al acantilado por miedo a despeñarse, y así la voz de su campana es tan medrosa: *¡tan... tan-tán!*

Desde nuestro observatorio, el conjunto de la ermita y su torreta y la galería y edificios asoportados que en fila le siguen—como enganchados unos a otros para ayudarse cuesta arriba—recuerdan el aspecto de un tren de pesadilla en que la locomotora caminase hacia atrás para subir la dura pendiente tirado con esfuerzo de unos vagones estrofeleños.

El *tasal* de La Balma corona el santuario con un festón de pinos oscuros sobre el cielo azul; desparramados por la falda de la montaña, rodales de bosquecillo de chaparros y encinas solitarias de frondosa copa cenicienta a cuyo cobijo acampan grupos de peregrinos en pintoresca dispersión que anima el cuadro con notas bizarras. Otras familias pululan como tribus gitanas, por el largo piso de cuevas que corre paralelamente por bajo de la galería de acceso a la ermita. Y por toda la abrupta ladera, las caballerías desuncidas de los carros, pasturan libremente.

Pero donde hay un bullicio tumultuoso es aquí, en esta ancha calzada que sube hacia el ermitorio. A lo largo del camino corre a la derecha un pretil—baranda por donde nos asomamos a la hondura del río—y a la izquierda la pared abierta a pico en la peña, para el desmonte, en ribazo.

Todo está convertido en abigarrado ferial; justo al pretil se suceden los puestos de frutas y verduras, los tenderetes de golosinas, aguaduchos, tabernas al aire libre con su tonel panzudo rodeado de fleles, jarro en mano...; al lado opuesto, se all-

nea contra el ribazo, con sus varas en alto o hincadas en tierra, una ringle de carros desenganchados y tartanas bajo cuyos toldos hacen habitación sus dueños. Caminamos penosamente, entre codazos, empujones y atascos de la multitud. Calor, sudor...

Vamos leyendo las matriculas de los carros: «Lécera, Caspe, Utiel, La Ginebrosa, Amposta...» de todas partes, de los más remotos pueblos... Se oyen acentos baturros, catalanes, de la Barroña, de la Marina... y pasan tipos de las más castizas cataduras: mozos de largo pantalón de pana, blusa corta y boina; viejos de negro calzón corto, blanca camisa de lienzo, alpargatas y pañuelo a la cabeza; orondas comadres envueltas en floreado pañolón de flecos, sayas campanudas y arracadas de filigrana; zamarras pastoriles; aludos chapeos de carbonero; gorras marineras; monos presumidos de la Ribera; rodetes bajos de la Churrería; rostros de nogal tallado en arrugas enérgicas; greñas de pillastre bajo un gorro de papel rizado; caras brufidas de sol, con tiznes y sombras de barba sin rapar; rubias cabezas adornadas con peinas y agujas; bocas risueñas y ojos fúlgidos en semblantes tersos y frescos... Pero ningún signo, ningún gesto que nos descubra un endemoniado. Y en la masa parva de la muchedumbre, los pañuelos claros y las blusas de fantasía de las mocitas en fiesta ponen gayas pinceladas de carmín, de verde, de amarillo, de rosa, de azul... Sobre el zumbo de las conversaciones, la voz quejumbrosa de la campanita nos llama desde lo alto: ¡tan-tán!... ¡tan-tán!

Sorprende y admira, en este desbordamiento de gentes de tan diverso atavío y procedencia, el aire mesurado de los ademanes, el tono apacible de las charlas. No percibimos gritos de algarazas en esta romería, ni nos molestan esos agrios ruidos y plúidos de las ferias, ni se advierten los desmanes y alborotos procaces tan fáciles en estas aglomeraciones. Es raro contemplar una escena regocijada: Sólo a nuestro paso por junto a una tartana en cuyo interior sonaba una guitarra y el canto de una jota a media voz, hemos visto asomar un brazo, bajo el toldo, para ofrecer una bota de vino a un grupo de mocitas pintureras que pasaba: ellas se han reído y han escapado apresuradas sin contestar a la invitación... y nada más.

Y eso que no faltan las tentaciones de ballanga. Conforme vamos subiendo se acaba la ringle de carros puestos al borde del camino, pero empiezan por esta parte unos largos porches

o cobertizos de tejavana sobre pilares de piedra, que tanto sirven de hostel para alojar caballerías y carros que allí se acumulan hasta rebosar, como se aprovechan para guarecer muestrarios y escaparates de las más variadas mercancías: puestos de juguetes y baratijas, pitos, los terribles pitos de feria, muñecas de cartón en camisa, globos multicolores... y peinetas, collares, pulseras, toda con mucho abalorio y oropel brillante... Puestos de confitería, de turronea, de golosinas pingosas cubiertas de moscas; de ex-votos de cera y de cirios, de muchos cirios y velas de todos tamaños. Y cacharrerías con su loza azul y blanca, junto al oliero con sus tinajas y cántaros; luego talabarteros, cordelería, arneses y cencerros, hojalatería, otra vez juguetes, y más turronea... y, sobre todo, más cirios. Cirios en los puestos y cirios en nutridos haces que llevan los vendedores ambulantes pregonando su mercancía; cirios en las manos de los devotos que los compran; mujercas enlutadas y niños endomingados que suben hacia el santuario con la vela de ofrenda o con un amarillito ex-voto colgando de una cinta color de rosa.

—¡Cirios para la Virgen! ¡Cirios!

Y sobre estos pregones que apenas logran sobrepasar del gárrulo murmullo de la gente, cae el lamento de la campana...
tan... tan... tan...!

Este lado izquierdo de la cuesta está en sombra, y la gente — calor, sudor — se arremolina y espesa de tal modo taponando el paso, que preferimos, para poder andar, irnos al otro lado del camino junto al pretil encendido de sol. Por aquí siguen los tenderetes de aguaduchos y buñolerías, entre un apesoso humazo de fritanga; los puestos de fruta y de hortalizas con sus canastos de verduras y de rojos pimientos y tomates, melones amontonados sobre paja en el suelo, cestos de nacaradas manzanas del país, cuévanos de dulces higos blancos, de áureos melocotones y bresquillas, de negras uvas en prietos racimos; y todo inundado de sol de la tarde que hace brillar los colores de la mercadería al aire libre, o se filtra en rubia luz a través de los blancos toldos de las alojerías y tabernas y luce caras y ropas de la clientela y todos los detalles del cuadro con alegre barniz de bodegón. Hay una tienda — que es casi una barraca de lienzo adosada al tronco de la frondosa y gigantesca sabina fronteriza del caserío al final de la cuesta —

donde se ven jamones colgados, chorizos y quesos. Allí unos bebedores están de merendola, apurando entre risas y bromas jarros de vino mientras esperan que se guise el condumio en la cazuela puesta al fuego, al lado del preñil, sobre un improvisado hornillo de piedras del que brotan llamas y sale un velo de humo que cruza la escena. ¡Deliciosa pintura de Telleres!

Pica el sol; bochorno. Nos ronda una tormenta. Hemos llegado al final de la cuesta. Un bando de palomas se posa sobre el casalicio de la hospedería, portal de paso a la plataforma de la alta roca que sube en rampa hacia la ermita. Desde el pie de esta peña se elevan ante el casal dos cipreses cuyas cimas rebasan el pórtico de arcadas altas de la galería y llegan junto al alero saledizo que — mirando desde abajo como ahora nosotros — se recorta dibujando un festón de tejas sobre un fondo de oscuro azul y nubes pardas con orla de nieve. Se presiente el chaparrón y la amenaza del trueno. Pero no suena un estampido fragoroso, sino el tañido obsesionante de la campana que esta vez repica con más inquietud: *tan-tán... tan-tán-tán... tan-tán!* ¿Nos llama? ¿Se queda? ¿Reza?... No podemos evitar una voga oscuria. Todo contribuye, quizás, a nuestro desasosiego: el ambiente saturado de evocaciones milagreras, la inminencia del chubasco, la zozobra de aquel insistente doblar de la campana que nos sobresalta con su plañir cuando más lo habíamos olvidado. Nos decidimos a entrar en el casalicio para seguir hacia el santuario, y en este momento revuelan del tejado las palomas ahuyentadas, de súbito, por una alarma absurda.

A fuerza de encontronazos cruzamos el zaguán: la hospedería está atestada, en los corredores se hacina la gente. En un recodo hay una cisterna, de la que sacan agua sin cesar, y también sin cesar se la llevan los sedientos; salimos a un patio empedrado y empezamos a subir una resbaladiza escalinata. Unos mendigos ciegos salmodian romances; más arriba dos avispados mozos marcos, presumen con el pelo repelado y lucen al aire el muñón del mutilado brazo, mientras piden, plorpeando, una limosna. Otra vez aquí los vendedores de cirios ¿cómo pueden ser tantos? Nuevo zaguán de la casona contigua: aquí hay más tiendas de juguetes, de confitería, de bebidas, olor repugnante de vino y aguardiente, tulo de taba-

co malo, vaño de gentío... y apretujones y codazos y sofoco: ¡calor, sudor!

Por fin podemos respirar un momento al salir al pórtico de la galería. Nos asomamos a un arco y miramos hacia abajo. La multitud hormigúea por el andén del ferrial entre la Cruz cubierta y la hospedería. Más abajo, por los dos tramos de carretera que afluyen en direcciones opuestas, de Aragón y de Morella, vienen largos rosarios de carros y tertanas, impacientes coches roncadores y polvorosos, autobuses enjambrados de viajeros; y más abajo aún, allá en lo hondo, el río Bergantes, con su cauce pedregoso y seco, traza un amplio meandro al ceñir con graciosa curva el «Collat de la Salve». Es una suave colina que con fementi remilgo luce su tocado de pinos y encinar en la margen opuesta y se queda enana frente a nosotros, extendiendo a la vera del río el verde volante de huertecicas, orla de su falda... En un charco a la sombra de los cañaverales, rompen el espejo de agua los cuerpos desnudos de unos chucuelos. Se zambullen, y vuelven a salir para lanzarse otra vez desde un peñasco redondo de la orilla, donde blanquean sus ropas al sol. Los envidiamos. Este bochorno es asfixiante. Sí, al menos, rompiera a llover...

¡Otra vez la campana! No es posible desatender su imploración: *tán-tán!* que suena a *vén-vén!*... Sí, vamos ya. Ansiedad: Nos sentimos un poco nerviosos en la antesala de lo sobrenatural...

Las paredes de este edificio en que estamos intestan en la roca. Desde aquí la galería es solo un pasadizo costerudo y achatado entre dos peñas, la del piso y la del techo. Pasan unas mujeres comentando el prodigio que obró la Virgen, aquella misma mañana: La enferma era una moza que ya está llena de salud ahora... Perdemos los detalles del suceso, porque se alejan las comadres, y crece nuestra impaciencia por llegar. Caminamos sobre una rampa — bruhida por el roce milenario de los pies — agachados, cuidando de no resbalar, tropezando la espalda con el techo, y los hombros y cabeza con los devotos que van ya cuesta abajo. Arrecha el calor; se espesa el aire en aquella cueva donde tanto cuerpo se afana en pasar. De súbito nos erguimos; hemos llegado a una minúscula terraza descubierta ante la fachada del santuario.

Pugnamos por detenernos un momento — agarrados al

preñi que nos salva de caer al precipicio — para contemplar el mísero barroco de la portada con su torre lateral adherida al cantil de la roca... Todo sin interés arquitectónico. En el hueco de la puerta se ve colgar la cadena de la campana, y sobre la piña de cabezas brotan muchas manos gesticulantes que intentan alcanzarla; unas manos imploran crispadas como queriendo agarrarse a un salvavidas que libre a su dueño de morir aplastado, otras manos se alargan obvias solo por el capricho de hacer sonar la campanita: ¡tán... tan-tan-tán!

Descubierto el secreto de aquel taller misterioso que nos desazonó toda la tarde, algo se desilusiona en nuestro espíritu. Entonces ¿no anunciaba su toque singulr milagro de salvación? ¿No era tampoco su doblar de agonía, conjuro que ahuyentara a los Malos? ¡Bah!

Nos gustaría quedarnos aquí un rato para observar estas palpitantes oleadas de gentes que entran y salen, ver la expresión de sus rostros... ¡Imposible! La turba empuja hacia adentro o hacia afuera, ¡Adelante o atrás! Nos dejamos arrastrar, entre magullamientos y jadeos, por el río humano que entra. El momento de transponer el umbral de la ermita es un tránsito de suplicio: ¡vamos a morir prensados, triturados!... ¿Y es posible que no salgan huyendo ahora todos los demonios que podamos tener en nuestro cuerpo, cárcel tan poco apetecible siempre, pero mucho menos en este pavoroso instante?

«Salus infirmorum»

Ya estamos dentro del templo. Esta es la *balma* — es decir, la cueva — de la Santísima Virgen. Una enorme roca, toscamente plana, muy en declive, forma la bóveda: hacia el fondo, donde la piedra de la techumbre se acerca más a la del suelo, se vé — en medio de la oscuridad que embota nuestros ojos en el tránsito violento del aire libre al sombrío interior — un resplandor lívido que nos orienta hacia el altar venerando. En la parte opuesta, donde las dos rocas se separan abriendo una boca de varios metros de altura, un muro cierra la caverna. En lo alto del muro unos ovalados ventanucos sirven de angosto respiradero y dejan pasar una claridad fría y mezqui-

na. Pero esta triste claror se queda arriba, desgarrada en el techo, temerosa de atravesar el oscuro ámbito y chocar con la masa negra de flejes que hische el recinto. Nada más podemos adivinar al principio. Sí. Lo único que percibimos con desagradable certeza es un pegajoso olor nauseabundo. Sudamos. Poco a poco la vista se habitúa a la lobreguez. Distinguimos sobre el negror de la tupida espesura de cuerpos apelotonados, manchas pálidas, pinceladas cobrizas: son los rostros y las manos... todo confuso aún, anónimo: rostros y manos, simplemente. Llega a nuestros oídos un refinito de dinero.

Con torzudo esfuerzo luchamos por abrirnos paso hasta conseguir acercarnos a la capilla de Nuestra Señora. En su dorado altar, acoge nuestras oraciones con un ademán protector la milagrosa Imagen Santa — chiquita, del tamaño de una muñeca — mientras nos mira con ojos de púrpura, impasible, ingenua. Hay un rosicler de porcelana en las mejillas redonditas que aumenta su expresión pueril en contraste con la dramática majestad de su larga cabellera negra extendida sobre los hombros. El altar está encerrado entre rejas que se hincan en el suelo y en el techo: una verdadera jaula por estre que cuyos hierros penetran manos y manos, manos velludas y sermentosas, manos gordezuelas, manos infantiles, y todas se abren para arrojar puñados de monedas sobre el pavimento de losetas a los pies del ara. Es continuo el chorro de dinero tintineante que ennegrece el suelo con una alfombra de escamas de calderilla entre la que se vé brillar alguna blanca redondela de plata.

A la luz rojiza de la candelero del altar los rostros que se agrupan para mirar a la Virgen apretados contra las rejas laterales y asomando otros sobre los hombros y las cabezas de la fila delantera, forman un largo friso de gestos pasmados, y en los ojos con lumbré de esperanza, o inquietud de súplica, se adivina el fervor de los plegarios que los labios no llegan a modular.

Pero ante el enrejado opuesto a la azul hornacina en donde se cobija la Santa Imagen — rodeada de un marco de columnas y entablamento rococó con profusos dorados y estofas de cornucopia churrigueresca — ante la reja frontera del milagroso altar no hay pila de gente incrustada en los hierros; la ver-

¡a está libre y diáfana y a través de sus cruces se vé... ¡fantástica visión!

Del suelo ha brotado un vergel de cirios ardientes. Los tallos pálidos florecen en caprichosas corolas de luz; unos erguidos y esbeltos, otros doblados en arco y goteantes de cera por el calor, aquéllos muslos y caídos ya dejando que la flama se extienda a lo largo de su médula como una cresta reluciente... Nos fascina este nutrido castaferal coronado de llamas: unas palpitantes, rojas y gordas, como corazones de ascuas; otras son tenues y azules estrellitas lejanas; éstas tiemblan y se aflan en ondulaciones de espadas de fuego; aquéllas, lamóviles, tienen la heráldica pulcritud de estilizadas lises de oro...; y en torno de este jardín florecido de luces, está el máximo interés de la peregrinación. Ahí, al borde de las luminarias, dicen que se colocan los enfermos del mal demoníaco a impetrar su salud de la misericordia de la Santísima Virgen. *¡Salus infirmorum!* Nosotros sólo vemos un montón de hieráticas figuras alucinantes, gestos transidos de fé o de pavor, rostros hipnotizados con la tez reluciente y la mirada fija en la milagrosa imagen. ¿Lloran? ¿Sudan? Unos labios se mueven, otros se fruncen contraídos, apretados; semblantes duros, caras fofas, larvas de mal o de fantástica obsesión supersticiosa, miserias, tristor...

El resplandor bermejo del velatorio tiñe de vistumbre sangriento y de dramática palidez las facciones visionarias de la primera fila de devotos, arrodillados, con los brazos en cruz... En derredor, un coro de cabezas en claroscuro sobre las sombras de los cuerpos que se funden en la tiniebla de la gruta... Se oye aquí un fervoroso rumor de rezos. Hay una patética emoción de misterio, una profunda ansiedad que nos obliga imperiosamente a permanecer allí, aunque nos repelen las emanaciones sudorosas de la multitud, el calor de los cirios, el vaho de las respiraciones que hacen el aire gordo, lúcido, pesado... Tratamos de purificarlo soplando heroicamente, pero no lo conseguimos: nos ataca por todas partes con su chorro espeso, con sensación de tacto oleaginoso que nos ahoga: ¡irrespirable! Hemos de huir, queremos escapar, pero la masa humana nos tiene presos. Intentamos evitar esta asfixia, y al levantar la cabeza... ¡manes de Goya, el de los caprichos delirantes! En un balcón

a modo de tribuna colocada a la altura de un púlpito, contra el muro que enfrenta al altar de la Virgen, surge de la penumbra un haz de mujeres enlutadas, doblando sus bustos sobre la baranda y estirando los cuellos hacia adelante para mejor ver el grupo de orantes ahinojados. Desde allí espían, horas y horas, inmóviles, ávidas del espasmo milagrero, los gestos, los ademanes de los penitentes, en hambrienta espera del energúmeno que escandalice con gritos blasfemos y lance de sí, entre convulsiones atormentadas, los demonios chisporroteantes. La oscura en que están las comadres, en vaguedad de aguafuerte, no nos deja averiguar si sus caras son jóvenes o viejas. Solo adivinamos su actitud enigmática y torturada de pecadores del purgatorio dantesco. De la candelaria llega algún débil reflejo de púrpura a sus rostros, pero están casi ocultos en la sombra del negro pañuelo de la cabeza. Son sin duda las comadres que ansían la voluptuosidad morbosa de oler azalre, como las brujas, y de chillar haciendo coro a los anatemas del exorcismo, para luego contar en la tertulia del pueblo o de la masía la escena horripilante del endemoniado que se curó. Sí; se huele, con el aire viciado, el aura malsana saturada de ignorancia en que estas gentes rústicas alimentan su perverso placer de prodigios mágicos. Su piedad aparente es sólo máscara de curiosidad pecaminosa. Porque no les interesa tanto la gracia que Nuestra Señora de La Balma pueda conceder al dar salud a un enfermo, como el espectáculo lúgubre del rito liberatorio, que, según cuentan, es repugnante. Por fortuna para nosotros no lo hemos contemplado. Y aun así, la opresión moral que produce el cuadro de comadres harpías es tan angustiosa como la asfixia fisiológica del ambiente.

Aún se oye algún tintineo de limoneras sobre el piso; pero ya no es el chaparrón de antes, sino las gotas aisladas y finales de la lluvia. Dentro de la verja han entrado un hombre y una mujer y recojen el dinero del suelo en un saco. La masa de fieles se ha dislocado y ya podemos movernos. Salimos poco a poco.

En vano hemos buscado un fulgor de mística espiritualidad: nuestros ojos pecadores no acertaron a percibirlo. Pero el ambiente conserva un extraño flúido de bárbara sugestión, a pesar de la densa pestilencia en que quedaron materializa-

das las curaciones de la multitud que aquí ha implorado, ha temido y ha esperado el signo evidente del milagro.

Al llegar a la puerta vemos cómo una moza está llenando una botella, con una cucharera, en la pila del agua bendita. Aquí lava el llagado sus úlceras y el ciego sus ojos muertos, y el agua cae a hilos turblos y asquerosos con pegajosidad de gelatina... Alguien dice a nuestro lado que esa agua es la que dan a beber a los enfermos poseídos del Maligno, para exorcizarlos... ¡Puaf!

¡Grocios a Dios! Al fin logramos ahuyentar la pesadilla saliendo al aire libre. ¡Qué delicia! Es una gloria mirar ahora a todo lo ancho del valle, desde esta altura. ¡Lástima que cierran el horizonte las montañas! Al «Collet de la Salve» apenas le quedan unas brasas de sol en su cumbre. Va abatiéndose la tarde. La enorme sombra del *tosal* de la Balma ha rechazado las alegrías de la luz dorada a los últimos términos del paisaje, que aún brillan encendidos de púrpura...

Loas en Zorita

Vamos bajando ya en busca de nuestro coche. Por todas los ranchos de las cuevas, bajo las encinas de la ladera y entre los tenderetes del ferriol, empiezan a humear fogatas que huelen a monte. El aire ahumado de ahucema nos envuelve en sugestión litúrgica. Pero a nuestro paso estas fragancias se adulteran con el olor de guisos picantes que cuecen los improvisados fogarifeos del campamento, donde arden verdes ramajes de romero y de tomillo en crujientes llamas y humos perfumados.

Notamos ahora mayor alborozo entre la gente. Se oye aquí y allá perlotear risueño, alguna copla, un acordeón... Nos informan de que toda esto no es sino tímido preludio de la verbena y balloteo y cánticos y juegos que a la noche se arman por todas partes, convirtiendo esta contornada en una kermesse, a la luz de la luna o de las estrellas, desbordante de bulliciosa exaltación y dionisiaco entusiasmo.

Por el cauce pedregoso del Bergentes desfilan recuas de mulos: en la hora de abreviar en los charcos del río. A esta media-luz crepuscular, donde ya intenta encender su faro

lejano el lucero de la tarde, las negras siluetas del ganado, jibosas de albardas y serones para los cántaros, nos hacen pensar en una rúbrica cabalgata de Reyes Magos. Otras caballeras, de vuelta de su aguada, suben por la vereda de un atajo sinuoso hacia su campamento. Lleva el roncal de la reata una moza garrida y vistosa como la estampa de un cartel llamativo: sayas moradas, corpiño anaranjado y a la cabeza pafizuelo de un crema claro, anudado al modo hebreo. Evocamos a Ruth hacendosa y sumisa... y la seguimos con la mirada hasta que su nota de color se borra en la penumbra, monte arriba.

Y, yo, nos metemos en el coche. Hacia Zorita. Llegamos antes de pensarlo. Queda el auto en la carretera y a pié trepamos hasta el pueblo. Y nos perdemos por el laberinto de callejas desconocidas, costerudas, penumbrosas a esta hora en que sólo queda un rescoldo de sol, en aquella nube cenicienta que va apagando sus brasas.

Placeta del Ayuntamiento. La casa del Concejo tiene algo de hospital. En las grandes dovelas de la portada en arco hoy pintado un reloj de sol que el tiempo desgastó. Bajo el saledizo alero de toscos canecillos, las viejas piedras góticas nos hablan de altiva pobreza. Y las tomamos como blasón simbólico que define el carácter de la villa. Ante la enjuta fachada una mísera acacia, de raquílico ramaje amarillento, se muere de verse tan sola y tan extraña al arisco lugar donde la pusieron. ¿Arisco aquel bravo rincón aldeano? Ahora, en este día al menos, no. Todas las casas de la placeta y de esta calle que enfrente del Cabildo desemboca — y debe de ser la vía principal del pueblo — están pintadas de azul, de arriba abajo. Y si todos los aleros son tan salientes que con su visera dan sombra de entrecejo fruncido a los rostros de las casas, estos semblantes quieren hoy mostrarse pulidos y gratos al viajero, a pesar de su ceño, y se han embadurnado de afil de fiesta. El pastor, sin quitarse sus larudas zaleas, dejó un momento el cayado y quiso cojer la mandolina de Pierrot, para contar este poema rústico en azul.

Y hay estrofas bonitas, como esa que rima en el balcón de la esquina una mortuela vestida de vivos colores y tiene en su mano un abanico de papel; ¡con qué gracia de madrigal silvestre ha oído, acariciándola, la rosa del rosal plantado en un

cántaro por maceta, que adorna los balaustrés de su balcón. Por la plaza y por las calles hay más mozas como ésta, vivaces y ágiles, que corren en grupos llenos de una bazarra y un encanto campesinos.

Huyendo de pasar por esa calle animada de gente, donde la mayoría de las casas se han convertido en tabernas y del garabato de muchos balcones cuelgan reses desolladas y abiertas en canal, nos desviamos por esta callejuela empinada que nace en la esquina donde se asoma al balcón la mozueta del abanico y de la rosa. ¡Adiós, lindo cuadro, adiós!

Y sí que es pinta esta calleja. Tan pinta que en la dureza del piso labráronle pedregos empedrados — y resbaladizos — para poderla subir. Y así, tan abruptos, encontramos otros callizos.

Pero ya las casas aquí no están pintadas de azul, sino secas y en sus huesos, mostrando la monda piedra gris entre remiendos de cal.

Llegamos a la iglesia, de fría arquitectura herreriana. En su interior los bancos en soledad de tinieblas. Unas mortecinas luces de cirio en el altar mayor. Pero el presbiterio y los intercolumnios están preparados como para una solemnidad, con guirnaldas de velas, aún apagadas, y los pilares de la nave se adornan con largas colgaduras escarlata. Aquí se debe de organizar la fiesta. Nos sentamos y esperamos un rato. Nos han dicho que la imagen de la Virgen de estos festejos es una copia de Ntra. Sra. de La Balma. La auténtica no sale del Santuario.

Llega un sacristán, con un acólito, y empiezan a encender cirios y lámparas. Luego, muy apersonados con sus varas de mando y sus largas capas, el Alcalde y los síndicos del Concejo (*el Govers*). Cabildan en grupo con el sacristán: murmullo de discusión y, al fin, salen. Parece que no se encienden más luces por ahora. Están cerrando la puerta de la iglesia. Otra vez a la calle. Un poco desorientados divagamos por las oscuras encrucijadas y vamos a salir a unas eras. Campo en recogimiento nocturno. En lontananza, sobre la ondulación de una serranía, recortada en negro, se va inflorando un resplandor rojizo... Y sale la luna, como corresponde a este paisaje recio, como una rodela de cobre repujado y bruñido.

Volvemos a la plaza de la iglesia, reposada aún en la oscuridad. De pronto rasgan la noche los siseantes vuelos de fuego

de unos cohetes. Estallan. Un grupo de mujeres nos informa de que la fiesta debe de comenzar ahora en las afueras del pueblo. Corremos allá. Nos detiene—al final de la calle elevada en ribazo sobre el egido— una compacta barrera de gente que ocupa el borde de esta terraza, magnífico balcón para la fiesta. Hemos de conformarnos con hacer pintos sobre la punta de los pies si queremos ver algo.

Abajo, en una amplia explanada, se descubre a la Virgen de La Balma (en su imagen de dúplica) sobre sus andas y guarecida bajo un sencillo templete o pórtico delineado por dos finos arcos cruzados en aspa. Una guirnalda de verde ramaje de madroño con lazos y flores rojas y blancas se arrolla en espiral torrando las varillas de los arcos. El genio, apretadísimo, forma enorme corro en cuyo espacio encierra todos los actores de la ceremonia. En primera fila marcan sus linderos a los curiosos, los devotos asistentes a la procesión, con sus cirios encendidos: un rosario de luces a la redonda.

En medio del círculo de luminarias, hay dos grupos de mozas vestidas con trajes de colores vivos, pañuelos de flecos, lazos, peinetas y flores en el moño. De pronto suena una música primitiva y de ritmo monótono—tamboril y dulzaina— y rompen a bailar ante el templete de la Virgen, trazando ceremoniosos pasos de danza. Se funden todas las doncellitas y luego se separan, y cada grupo gira en torno de un hombre vestido de zagal o pastor con un alto cayado, en diversas figuras de baile, que acaba con un repique de castañuelas.

Silencio. Erguido al otro extremo de la explanada, un teatral pastor, en traje de gala, lanza una exclamación reverente y recita luego una larga loa, diestramente accionada y bien dicha también en los fragmentos que podemos oír.

Es un romance tal vez del siglo XVIII en que se le da la bienvenida a la Santísima Virgen, y ofréceele en gustoso tributo la fervorosa devoción del pueblo, que se siente honrado con la celestial visita y le jura eterna fidelidad. (Algo así pudo entenderse—en las palabras que no horró el viento—del largo romance, cuyo texto no me fué posible recoger.)

La procesión se pone en marcha. Dispersión general de la muchedumbre. Corremos atropellando y atropellados por la gente en la oscuridad, hasta la plaza de la Iglesia ocupada ya, cuando llegamos, por espeso público.

No hay más claridad que el pálido fulgor de la luna naciente, que apenas al baña los aleros aún. Pero ya en un recodo de la calle al fondo de la plaza, se anuncia con resplandor de cirios la llegada de la procesión. La preceden dos buenos mozos disfrazados de trebuchados demonios de Carnaval, que con sus zurriagos amenazan y azolan a la gente para abrir calle al paso de la religiosa comitiva.

Llega la Virgen y se para en un extremo de la plaza. La noche se incendia en vivas auroras azules, verdes y rojas de las bengalas que se queman en todos los balcones. Desde el que está sobre la Santa Imagen hasta la puerta de la Iglesia hay tendida una traca que sigue la calle libre formada por las dos filas de cirios de la procesión. Vuelven a bailar ante la Virgen las moctas, al son de la dulzaina y las castañuelas, y otro pastor de traje negro, faja roja y zurrón de blanca piel, entona la segunda loa, dando gracias a Nuestra Señora por haber entrado en el pueblo, ensalzando sus milagros que ofrece a la admiración de los vecinos y forasteros, y saluda a éstos prometiéndoles hidalga hospitalidad.

Apenas muere en la noche el último verso del romance, se enciende y rompe en estampidos la traca, bajo cuyos llameantes relámpagos sale corriendo la Virgen hacia la Iglesia, acompañada de nubes de humo, coronada de chispas ardientes y atronada por los disparos de la traca y los vítores de la multitud, entre la apoteosis multicolor de las luces de bengala.

Han terminado las loas en Zoriza, y vamos a pernoctar a Morelia, por la carretero blanca de luna al borde de los barrancos en sombra.

Comentarios

Terminada la cena ha llegado a nuestro hospedaje un amigo. Es D. Manuel Millán, ordenado en menores, culto colaborador morellano cuya firma es bien conocida de los lectores de este Boletín. Juntos salimos a reuniones con el médico de la ciudad, D. Tomás Remón, que nos obsequia con una taza de café. Tertulia grata. Acordamos divagar por estas rancias calles de pórficos, tan selladas de carácter patricio. Y salimos

por el portal *dels Estalls* a la Alameda que rodea la montaña rodeando el Castillo.

El médico nos ha contado el episodio de la pobre endemoniada que esta mañana, en el Santuario, dió el espectáculo de rasgar sus ropas en el delirio de *su curación*, ante la Virgen. Chillaba la enferma entre los ruidos estentóneos de la gente que presenciaba el lamentable suplido...

—Un verdadero caso de histerismo — ha concluido —. Porque todos estos enfermos suelen ser epilépticos, neuróticos... paranoicos cuyo tratamiento adecuado está en el manicomio. Por fortuna ya la gente se va convenciendo y cada año vienen menos desgraciados de esta clase a La Balma.

Nuestro paseo — en torno del castillo que allá arriba es el cielo lúneo alza sus negros murallones coronando la mole de roca, — es como sonambular fascinados por la luna. El valle se nos ofrece, en la hondura, con un dalzoe azulado que distraza las agrias violencias del día. El aire es blando y líbio. Las palabras suenan como si habláramos hacia adentro:

—Tendrá razón el doctor. Pero no quiere eso decir que haya de negarse la posible existencia de verdaderos endemoniados. Ahora, qué tales son los síntomas exigidos por la Religión Católica para definir a un poseso, que podría asegurarse que ninguno de los que suelen venir aquí lo es. ¡Yo no sé de nadie que haya flotado en el espacio como un fantoche, con la cabeza hacia abajo y los pies en el techo! Y vencer y contrariar la ley de gravedad es indicio esencial e infalible para conocer que el espíritu del Malo habla en el cuerpo de quien tal hace. Lo de aquí es superstición fanática nada más...

Y dejando en el aire las dos tesis diversas nos lanzamos a fantosear... Tiempos paleolíticos. Pueblos cavernarios — La Balma es arquetipo —. Hombres de creencias supersticiosas, religión natural simplista: las fuerzas maléficas, demonios; los signos libertadores, talismanes. De aquí los ídolos totémicos que protegen contra el demonio, que libran de mal. ¿Por qué no pudo poseer el poblado troglodítico de estas *balmas*, un «totem» prodigioso cuya fama irradiase a otras tribus dispersas? Entonces las habitaciones humanas estaban más distanciadas, geográficamente, y también en el tiempo, por la difícil y lenta comunicación. Pero a lo largo de siglos la virtud mágica del «totem» va llegando a lejanas comarcas,

cuyos habitantes vienen en peregrinación a curar sus males, el día de la fiesta... Banquetes, danzas nocturnas, ritos mágicos...

¿No sería curioso establecer un paralelismo con los hechos de ahora, para saber si esta superstición, aún superviviente, tiene sus raíces en lo profundo de la antigüedad remota?

Fia de fiesta

Noa han cagado. Según nuestros informes la fiesta había de empezar a las once de la mañana del día 8, y decidimos llegar al Santuario a las diez para estar con tiempo. Pero cuando desde la carretera damos vista a La Balma descubrimos — llamas de colores al viento — las banderas y estandartes caminando ya cuesta arriba y cerca de los casolitos de la hospedería, a la cabeza de la procesión que las sigue con rebalancias de imágenes al sol y temblores de cirios, formando cola hasta la Cruz cubierta. Desde lejos la comitiva parece — extendida en todo el tramo de la rampa — una disforme oruga policroma que trepa por el declive moviendo sus anillos de luces. Ya oímos el repique de la campanita que hoy es alborotado y feliz, y luego estallidos de unos cohetes voladores, cuyas invisibles estelas rubias se borran en el aire devoradas por el fuego triunfal del sol: suecan por todo el paisaje las bizarrías de una música charanguera que a rotos pedacitos trae la brisa y luego se desmenuza en los ecos de todos los barrancos, apagándose...

El espectáculo es jubiloso. Por toda la ladera del *tosal* de La Balma una inmensa muchedumbre extiende su mancha oscura salpicada de lunares de vivos colorines. Son los pañuelos chillones, las sombrillas pintarrajeadas, los abanicos de papeles llamativos que alazan como mariposas.

Mientras llega el coche a la explanada de la Cruz cubierta, vamos pensando, contrariados, que hemos perdido las pintorescas escenas de la irrupción del diablo ante la Virgen tratando de impedirle el paso hacia el Santuario, y la lacha y vencimiento de Satanás derribado por la espada del Arcángel. Todo, según es fama, parlamentado con romances añejos.

Bajamos en la plazoleña. Entre el gentío se advierte un con-

fuso movimiento de dispersión: se apartan caballerías, se enganchan carros a toda prisa. En otros, ya en trance de partida, con las mulas enjaezadas, los de arriba se despiden «hasta el año que viene» de grupos de gente que marchará Dios sabe a dónde... Los autos huyen ya, acosándose en larga fila polvorienta por los caminos.

En la rampa no quedan vestigios de la procesión. Vamos subiendo lentamente, achicharrados por un sol tórrido. Los mercachifles de los tenderetes desmontan sus toldos, guardan sus mercancías en cajones, en canastos, en sacos. Los carros van cargándose continuamente y entre adioses y restallidos de látigo, empiezan a bajar la cuesta con los frenos chirriantes. Solo alguna taberna, aún conserva clientela para sus turrones pringosos y su fétido aguardiente.

Nos reposamos un poco, sentados en el pretil a la sombra de la sabina frondosa. Entre gente que sale de la hospedería aparecen moctas con los garbosos trajes que anoche llevaban en Zorita para bailar ante la Virgen. Van todas con las cascabeles en las manos, correteando entre los grupos, y acercándose a curiosear a los carros que se van, a los alpendes en que desalojan sus mercaderías los marchantes.

Subimos camino de la ermita y, al pasar por el patio de la hospedería, una pintoresca turbamulta nos atrae hacia las salas que se reserva el Concejo. Nos parece entrar en el escenario de un teatro, animado por abigarrados personajes que con variadísimo disfraz andan entre bastidores: son las «figuras» del retablo procesional, caras tiznadas de colorete, estampas carnevalescas, rabiosos chafarrinones. En el centro de la sala hay formado un gran corro de mocetones en torno a un corambre de vino tinto y espeso, cuyo pellejado gaznate cierra con la mano apretada un layán, que va llenando tazas de loza, jarrros y parrones de vidrio de todo el que con ellos acude a limosnear un trago. Y los pichelos corren luego de mano en mano apurando la ronda.

Esto es ya bullielo gataletorio. Suenan las voces de los concejales que se regalan con las albricias del festejo — *la convidá* — en la vecina sala. Van y vienen, entran y salen hombres, muchos hombres, pocas mujeres que acompañan a tal «gitanilla» o cual niño bailarín, con curioso atavío «andrógino». Y todos vuelven con su torta, su rollo o su pastel pe-

sado y gordo, en la mano, y contemplándolo con regodeo, o ya en la boca ávida y glotona donde les revienta el relleno de blanda confitura en chorreones goteantes por la barba. Por allí anda un «andrógino» que es bizzo. El pobre niño enclenque y pálido, tiene una mueca zafia, y con su triste carita de bobo de Corla y el pastel intacio en la mano, sigue nuestros pasos con terquedad de posma, no sé si asombrado o receloso. Y la mirada quieta, rígida, de sus ojos bizcos, me duele en mis propios ojos; y también en el corazón.

Hacia el Santuario. Ni alma humana encontramos en el largo pasadizo. En la cueva de la milagrosa Virgen, nadie ya. Por los altos ventanaucos caen oblicuamente doradas barras de sol. Nira, Sra. de La Balma, recibe nuestras preces de despedida con el mismo gesto infantil que ayer admirábamos en aquel ambiente de delirio. Otro es el aspecto, ahora, del templo, donde se arrasó el jardín de luminarias y no resplandecen más que las del sol. ¡Pero qué pobres los escasos altares y la otra capilla en el hueco de la roca! Ex-votos vulgares, pinturas toscas... ni una reliquia de arte, ni un relumbré valioso.

Salimos al oír sonar una música. Se organiza la procesión de retorno y corremos a la Cruz cubierta para verla desfilir por allí. Pocos son los grupos y carros que aún quedan en la rampa; la montañosa ladera está ya limpia de gente.

Ya vemos el religioso cortejo venir cuesta abajo. Voltea enloquecida la campana de la ermita, y en la explanada inmediata a nuestro observatorio un pirotécnico dispara tronantes morteretes. Desfilan delante de las banderas flameantes — verde, púrpura, blanca y roja — los «cavallets» danzando su danza de espadas, grotescamente erguidas sus grupas de cartón, con gran revoleo de turbias gualdrapas en andrajos.

Sigue el sacristán, con roquete blanco sobre el negro calzón corto, llevando a cuestas un estandarte, y detrás va un bufonesco morazo cautivo — de cara tiznada, faldas de granate, turbante sucio y alfenje de madera — metido en un ruedo de cadenas de las que tira con fruición un enjambre de muchachos empujando al prisionero y haciéndole tambalear con trasplés que acaso los aumente el vino trasegado. Pero el moro se ríe, y si alcanza a cualquier rapaz se venga a pescozones.

Pasa la Virgen del Rosario en sus andas, y a su raga con sus escarapelas de albahaca, sus bandas y lazos bermejos y

sus laldellines blancos, los «andróginos» danzantes, seguidos por cuatro niñas aderezadas de albas Virgenes, con sus palmas y azucenas.

Luego vienen las mocías de «flauradorettes», que bailan precediendo a las peanas de San Antonio, y de San Abdón y San Senén; se paran ante la Cruz cubierto y así podemos ver a nuestro «grado» las mudanzas y figuras que hacen danzando. Detrás llegan las «gitanas» que también bailan delante de nosotros en torno de su robadón y haciendo con los brazos en jarras los ágiles pasos y variaciones de su arte, al son del ritmo viejo y monótono de la dulzaina y tamboril que las sigue.

Y aquí corren las llas de cirios que se retrasaron, y, en medio, guiones y estandartes de cofradías y congregaciones piadosas. Por fin, unas parejas de ciriales — que alzan en sus brazos unos bíblicos reyes de barba venerable, corona de puntas de dorado cartón, y larga túnica blanca — custodian y preceden la imagen de réplica de la Santísima Virgen de La Balma. Último grupo de la comitiva, entre los dos arcángeles guardianes con la espada desnuda y las alas trémulas, va humillado y abatido — pero haciendo guiños y saludos a la gente — el espantoso Setonés, horripilante de tatuajes de tizne, abatido el casco de monstruo sobre la nuca y cruzado el «Drach» a la espalda; siguiente los dos demonios acólitos, con los cuernos de trapo mohinos, sudorosos bajo su careta grotesca y con los zurriagos arrollados al cinturón.

Cierran el cortejo, la presidencia de autoridades del pueblo y la charanga que no cesa de tocar briosamente. Parece que van a romperse los plañillos y a reventar los trombones.

Toda la procesión se ha parado aquí en la plazuela, en bizarro amontonamiento de colores y otoples donde el sol juguetea entre chispas brillantes y rápidos fulgores movedizos sobre metales de músicos y bordados y lentejuelas...

Se disparan los morteretes finales, y allá va la comitiva descendiendo a la desbandada, por el atajo, mientras las santas imágenes saltan sobre sus peanas, y las banderas arrolladas a sus palos están ya en la otra margen del río, trepando a paso de ataque.

Cuando subimos al coche para regresar, viendo el desierto paisaje — pocas horas antes tan animado — donde queda es-

condida en su gruta la auténtica Virgen de La Balma, mientras su copia corre hacia el pueblo, evoco la visión gallega de un momento hermano del presente: Verdes valles; fina luz dorada de septiembre; brumas livianas sobre el río claro; grupos de romeros vuelven cantando al son de la gaita y de los panderos, de la milenaria abadía de la Franqueira, nimbada de santos prodigios. Bosques de robles y pinares dan palio de frondas a las errantes multitudes devotas que se dispersan, entre cánticos y bañoteos, pasada la fiesta que las congregó en las altas rocas de la montaña. Allá arriba dejaron en el silencio de hiedra y tapias ruinosas de la misera aldehuela, a Nuestra Señora de la Franqueira. Y continúan ofrendándole sus odioses líricos desde lejos, hasta desaparecer del paisaje de égloga.

Otro recuerdo. La emoción de abandono y de soledad en que se queda la famosa Virgen del Rocío, la venerada «Blanca Paloma» andaluza, en el enmudecido ermitorio de sus milagros. Al acabarse la fiesta emigran, por los inmensos arenales cubiertos de un tapiz de silvestres flores y monte bajo — sin más árboles a la vista que la línea oscura de los pinares del confín — las pintorescas carretas llenas de fieles *rocieros* que cantan y se jalean entre repicar de palillos. Las procesiones de carros de blancos toldos, en largas ringlas, desfilan hacia todos los rumbos divergentes, alejándose del Santuario. Y en los remotos horizontes de la planicie desnuda de sombras, se pierden las lentas caravanas bajo un cálido sol de primavera que evapora las almas férvidas de los romeros en fragancia de coplas... Se despiden, cantando, de su Virgen que «se queda sola—en aquellas marismas—siendo pastora» según reza una seguidilla conmovida de melancólica ternura...

Pero aquí, en la Balma, no. Es un éxodo sin efusiones de despedida. Nadie canta ya: ¡hay un silencio tan hondo y tan vacío que ni se oye el borsear de las abejas en el romero florido..., ni siquiera nuestra voz, porque nos cuesta trabajo despertar!

CARLOS G. ESPRESATI

Castellón, Enero 1951.